

Bolívar y el Pueblo

Por Otto Morales Benítez

(El autor de este ensayo es un destacado abogado egresado de esta Universidad que ha cumplido ya ancha faena al servicio de la nacionalidad. Altos cargos públicos se han aprestigiado con su rectoría. Como ministro de Estado, como parlamentario, en afanes políticos o en actividades jurídicas, siempre ha demostrado su sentido nacionalista, su vocación de servicio; amigo leal, estudioso de siempre, en perenne alerta por los problemas de la patria, Morales Benítez honra a su generación y honra este claustro. Y es grato destacar que ni sus ajetreos públicos, ni sus quehaceres profesionales han menguado su vocación intelectual, significada en varios volúmenes, el último de ellos un prieto mensaje colombiano llamado "Muchedumbres y Banderas", del cual, con previo consentimiento suyo, nos honramos en publicar un admirable ensayo sobre el Libertador).

Debo declarar que el tema de Bolívar es inagotable. Que es imposible tratarlo en la brevedad de un ensayo. Que el análisis de su peregrinaje de militar, de estadista, de político, de escritor y orador, requiere páginas henchidas de sabiduría. Que el solo estudio de su condición humana, de su hombría, es suficiente para inquietar por el apasionado mundo que agita su ánimo. Los escritores y ensayistas que han tocado el tema de Bolívar se han visto inclinados a buscar el calificativo de genio para quien logró la independenciam de cinco naciones —Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia— contribuyendo a acentuar en toda la América la rendición española. Ningún otro título mejor, pues él hace una síntesis adecuada de su inteligencia polifacética, de su sensibilidad aguda, de su visión de hombre de estado, de su pasión amorosa, de su incansable actividad, de su planteamiento de los aspectos fundamentales de este continente. Todo ello nos hace sentir sobrecogidos de temor intelectual por el pálido aliento de nuestras palabras para exaltar, cabalmente, al Libertador.

La ansiedad de los pueblos mestizos venía de atrás. Desde hacía más de un siglo ya se habían presentado duros conflictos que la ple-

be sometía a España. Tupac Amaru en el Perú; José Antonio Galán en Colombia; los esclavos en Antioquia; los campesinos en el Paraguay; los indios en Quito; y así sucesivamente en cada región americana, son referencias necesarias en los antecedentes de la independencia. Porque estos amotinados resolvieron protestar contra la opresión económica, uno de los sistemas más aberrantes de la política española. Era, además, una manera limpia de gritar a virreyes y oidores que no querían su imperio, porque se asentaba en la violencia, en la extorsión, en el desconocimiento de todas las formas de la autonomía de la persona humana. Desgraciadamente los movimientos se hundieron frente al empuje del poderío estatal y de las artimañas que usaron contra sus caudillos. La índole generosa y crédula de las muchedumbres, se sometió ante las promesas, para luego volver a asombrarse de la perfidia y traición de quienes los expoliaban. Para todo esto, España había logrado establecer un cordón de castidad mental: no instruir. Basta recordar que el Pacificador Morillo pasaba —un siglo después— parte de sus actuaciones con estas palabras que estremecen por su odio a toda forma, hasta la más incipiente, de la inteligencia: “A todos los individuos de ambos sexos que sabían leer y escribir, se les ha tratado como rebeldes. En mi opinión, es medio del más seguro de contener los progresos del espíritu revolucionario”. No es cosa diferente a lo que en el tiempo moderno ha sido el interés de los gobiernos dictatoriales de dar la instrucción dirigida, de no permitir la investigación sino hasta ciertos límites, de impedir la cátedra libre, de tratar, por todos los medios, de que no exista facultad de información, de prensa, de radio, etc. Es el abuso de las técnicas superiores en la época contemporánea, para también detener el aleteo del espíritu revolucionario.

Pero la multitud triunfa sobre todos esos cercos artificiales. El proceso puede demorarse. La sociedad llega a considerar hundido irremediablemente su destino. El hombre termina por concluir que su vida está rota porque su interioridad no puede manifestarse. Pero hay una subterránea corriente social; unas fuerzas sociológicas insobornables, que van irrumpiendo misteriosamente. Que batallan contra la nocturna presencia del Estado. Que van haciendo sonar los metales de la independencia, que inclinan la balanza de los poderosos. Entonces es la liberación la que canta, la libertad la que se impone, la alegría tumultosa que sube como un árbol, para usar un símil grato a Pablo Neruda.

Todo aquel poderío popular de rebeldía, fue traicionado. Pero siguió el curso de su evolución. Otro día, después de cien años de espera, viene el “Memorial de Agravios”, en Santa Fé de Bogotá, que en parecidos términos se escribe en todo el resto de los países de América. Allí hay un reconocimiento de la autoridad real. Sólo se piden algunas garantías políticas y que haya un trato menos discriminatorio para estas colonias indias. Y aquí, entonces, aparece el primer aleteo de la grandiosidad de Bolívar. Cuando él se identifica definitivamente con su pueblo, da un viraje total al movimiento. El cambia la batalla contra los virreyes y contra los burócratas de turno por una revolución de Independencia total. La da un mensaje superior al descontento. La rencilla doméstica contra funcionarios la convierte en apasionado camino de creación de la nacionalidad. No pretende que se hundan

unos golillas simplemente, sino que se cambie el sistema político. Entre la monarquía y la república, Bolívar opta por ésta.

Al absolutismo que se ejerce invocando razones de Estado, Bolívar opone la soberanía popular, que casi siempre impetra en su vertiginosa y reluciente carrera. Es decir, entre el Rey y el Pueblo, Bolívar no duda. Su inclinación está al lado de éste, que le será fiel y le acompañará, porque entiende que su Caudillo se ha comprometido con la historia. Y ésta es la que realizan las muchedumbres.

El gran escritor colombiano Germán Arciniegas pedía que hiciéramos de nuestros héroes personajes humanos, en contraposición con la concepción griega, que busca su origen en la divinidad. Y concluía: "el héroe es hijo de su pueblo". En esta síntesis creemos encontrar la mayor fuerza creadora del Libertador. Porque entendió su misión como una manera de interpretar el sentimiento popular. El no hizo cosa diferente de ponerse a tono con éste. Consciente o inconscientemente. No nos interesa. El hecho fue que tomó el pulso al deseo colectivo e interpretó la ansiedad común uniéndola al poderío grandioso y terrible de la guerra. Que luego la puso a deliberar en Asambleas Constituyentes para que apareciera su verdadera orientación. Que la levantó como pendón para una revolución americana. Que un día la volvió "guerra a muerte" contra los españoles, para que nadie pudiese retroceder. Que la convirtió en unidad de las razas negra, india y blanca. Que la esgrimió como grito y enseña para poder decir más duramente la verdad contra los tiranos.

Por ello Bolívar sigue siendo, y cada día más, el héroe popular. El caudillo de masas. El jefe que busca con apasionamiento las multitudes. Porque el héroe no puede ser cosa diferente al intérprete de los anhelos dispersos, subconcientes del pueblo. Lo otro es la imposición de su voluntad y caprichos personales. El sometimiento a su autoridad. El paciente aceptar el camino que señalan quienes detentan el poderío.

Desgraciadamente, para nuestra posición ante el mundo y sus hechos, Bolívar se desvió de esa actitud, que era la que incendiaba la conciencia de las multitudes. Horacio Rodríguez Plata lo puntualiza en síntesis magnífica:

"El Libertador fue, hasta 1825, el espíritu más liberal que ha habido en este país, lo emocionó hasta entonces la ideología de Rousseau, de los enciclopedistas, los hechos de la revolución francesa, pero también fue, a partir de 1826, un antiliberal en cuanto se nos presenta como partidario de un gobierno revestido de suma autoridad, con presidencia vitalicia y casi monárquico según los preceptos de la constitución que redactó para Bolivia y que intentó implantar entre nosotros. Sentadas estas bases, podemos afirmar que a Bolívar y a Santander los identificaron los mismos principios políticos hasta el año de 1826, que Santander siguió luego la misma trayectoria de base democrática y que quien se desvió desde entonces para sostener principios en pugna contra la doctrina por las cuales antes había luchado en los campos de batalla fue el Libertador. Pero para que este análisis quede claro, es preciso distinguir entre ideal boliviano o sea el que siguen los partidarios de los sistemas que propugna la Constitución Boliviana e i-

deal bolivariano que, a mi juicio, es del que participamos quienes abogamos por los que el Libertador sostuvo antes de 1926”.

Simón Bolívar llega por un gran designio a la justa de la independencia. De una familia que desde la Colonia tenía preeminencia en Caracas, desciende el Libertador. Ella poseía minas, haciendas, viejas heredades. A él vinieron a pertenecer con el tiempo. Después de una juventud licenciosa y complaciente en Europa, de regreso de muchos brazos amorosos y de la lectura de algunos filósofos, Simón Bolívar comienza a advertir su destino. Entre el juramento del Monte Aventino y el desastre de Puerto Cabello pasarán muchos años. Pero su conversación con el sabio Humboldt, que habla de la madurez de estos virreinos para la emancipación y de la ausencia de un Jefe para conducirlos a ella, le golpea todos los días. Le crece en un continuo desvelo de gloria. Le va impulsando en permanente recuerdo de las enseñanzas que recibió de sus viejos contertulios: Bello, Humboldt, don Simón Rodríguez. Nombres que hoy se concentran amablemente, con sus “blancas barbas de abuelos”, para proteger el comienzo de la juventud ardorosa de nuestro Libertador. Antes que la guerra o el deber, estuvieron el amor y los placeres. Antes de Pativilca, estuvo el ardimiento en los labios de Fanny de Villars. Y así podríamos proseguir en las enumeraciones. Pero con las que hemos puesto aquí bastan para advertir cómo en Simón, el caraqueño, lo esencial era lo humano. El realizarse en toda su plenitud. El hacer sentir su varonía en todo el delirio vital. De allí que la figura de Bolívar se nos acerque tanto, pues hay una fuente de humanidad que lo hace emparentar con todas las virtudes y defectos que singularizan al hombre americano. De allí creemos que arrancan su fuerza y su enseñanza y por ello su identidad se establece tan fácilmente con el pueblo.

En el año de 1808 encuentran los historiadores el comienzo de la carrera del Libertador. Su iniciación fue un revés militar. Ese es el preludio. Sólo podía esperarse una cadena de fracasos. Pero Bolívar vino a confirmar con sus actos la afirmación de que el genio es una larga paciencia. Para nosotros sería mejor afirmar que es un largo y penoso descubrimiento.

En Bolívar, como en aquellos que dirigía, todo fue creado de la nada: el ejército, los generales, la disciplina, la táctica. El mismo Libertador no tenía una técnica militar que lo acreditase ante un estado mayor, al entrar a la guerra. Asimismo sus generales salían, unos, de las universidades; otros, de las haciendas. Todos del pueblo, en síntesis. Ni el Libertador, ni su estado mayor, ni sus ejércitos tenían antecedentes en la disciplina castrense. Sólo gozaban de una iluminada vocación por la libertad. No llegaban con otra experiencia bélica que su interés por guerrear contra la injusticia. Su único designio era el sometimiento a que se habían visto constreñidos. Esas montoneras sí sabían marcar un paso, que era el de la Revolución. Así formó Bolívar sus ejércitos de la liberación.

Allí aparece uno de los rasgos más esenciales del Libertador. Su visión extraordinaria para descubrir los valores humanos. Para señalarles el sitio que les correspondía. Lo primero que tuvo que hacer fue confiar en la masa, sobre la cual había acumulado su desprecio el dominador español. Y al tener fe en ella, ir señalando, sin vacilaciones, cuáles debían ser los jefes de la beligerancia. Volvía a ser cierto que el ir escogiendo el personal del mando es otra de las grandes virtudes de los conductores. Bolívar no dio una sino reiteradas pruebas de su sentido de la exaltación de los verdaderos conductores. Esa facultad es otra de sus fundamentales características en la guerra.

Todo es grandioso en esas batallas. Más de quinientas acciones guerreras le han contabilizado al Libertador, con su intervención directa en ellas o por medio de su dirección. García Calderón señalaba como sus grandes triunfos guerreros los siguientes: Taguanes, Araure (1813); Carabobo 1º; San Mateo (1814); Angostura (1817); Carabobo (1818); Pantano de Vargas, Boyacá (1819); Carabobo (1821); Bomboná (1822); Ibarra (1823); Junín (1824). Los técnicos en milicia dicen que es difícil volver a encontrar un general que sea más hábil y erudito para el desplazamiento en masa de ejércitos y para guerrear en montaña. Que todas las predicciones fallan siguiendo el curso de sus batallas. Las gentes vuelven la memoria, por ejemplo, hacia su campaña de Tenerife a Caracas, en cien días, o al paso de los Andes, como hechos inexplicables dentro de la lógica humana. Entonces salta la palabra genio para decir aproximadamente el prodigio de su realización. Las multitudes parece que escucharan el eco de los cascos de los caballos llaneros y de las mulas patifinas, que iban invadiendo de resonancias de liberación el suelo americano desde Caracas hasta Lima, desde La Paz a Bogotá, desde Cumaná hasta Trujillo. Las alpargatas modestas de nuestros labriegos y las cotizas sencillas se van incorporando a la crónica del vestido en América como elementos primordiales en nuestra evolución. Cómo alegra el ánimo ver que los simples elementos nuestros, los de las montoneras, son los que se emplearon para equipar los batallones de la independencia americana.

La guerra no hizo otra cosa que descubrir a Bolívar con una dimensión superior, que hoy mismo apabulla al seguir su itinerario en el relato de los especialistas. Lo que conforta es que la masa americana siempre le fue fiel, le dio obediencia, y le entregó confianza al jefe. Porque no lo abandonó a pesar del ciclópeo esfuerzo que le impuso, estuvo al pie de su espada, que cada vez que se desfundó hacía nacer un nuevo sol de la libertad en América.

Guillermo Valencia lo llamó "Andante caballero de la Democracia", pensando en el significado trascendental de su obra. Si en lo castrense su misión asombra por la intensidad, en el pensamiento americano sus mensajes son calificados de esenciales en su desenvolvimiento. Allí está el aspecto primordial que configura al estadista. Porque si el combate lo ponía en vigilia, no descuidaba el estudio de las diferentes incidencias de la política continental. Al contrario. Pero lo que impresiona al crítico desprevenido es el hecho de que, en medio de la parvedad de noticias de la época, de las nulas comunicaciones entre nuestros países, de la escasa literatura sobre sus necesidades, capaci-

dades y futuro, el Libertador en sus célebres cartas va enunciando los signos positivos y negativos de cada comarca. Esos juicios revelan la poderosa corriente de su especulación y de la sensación clara de su universal conocimiento de los hechos. Es asombroso ese mundo de detalles limpios, en que el sociólogo, el político y el estadista, señalan la ruta de América.

La carta constitucional de Angostura y su mensaje dan la medida más exacta del pensamiento republicano y democrático de Bolívar. Allí en Angostura el Libertador entregará a la meditación de los colombianos un proyecto de constitución. Sus bases son el gobierno republicano, la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la prescripción de la esclavitud y de los privilegios. "En ese notable ensayo se concilian las teorías de Montesquieu, de Rousseau y de Bentham, el realismo inglés y el entusiasmo democrático de Francia". Para nosotros este cuerpo de doctrina revela a cabalidad la orientación ideológica de Bolívar. Nunca quiso apelar a medio distinto de la consulta popular. Cuando incidentalmente quiso desconocerla, por fortuna tuvo que abandonar la tentación que se abría de dominio personal. El sabía que sólo el pueblo dice cuál es el auténtico anhelo nacional.

En el mensaje de Cartagena, Bolívar logra una revelación adecuada de la rebeldía que ya había sacudido su alma. La independencia ya no era simple enunciado romántico en sus labios. Era el designio total de su vida. En Cartagena, Bolívar apenas era un revolucionario desconocido. Más que desconocido, vencido en su primer intento bélico. La adversidad se había asentado en el comienzo de su carrera. Pero no podemos menos que destacar el hecho de que la fuerza de Bolívar es más grande en la desventura que en el triunfo. Así lo declararían inclusive sus aguerridos y feroces contendores. Su poder de irradiar hacia el futuro es más alto en la desgracia y la derrota, que en el momento de la gloria. Podemos recordar, por ejemplo, la frase del Presidente del Congreso Granadino: "Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un hombre grande". Exactamente eso es lo que uno encuentra patente en el Mensaje de Cartagena, en el cual además hay el patetismo que emana de una juventud ardida de ilusiones y esperanzas, pero hundida en la derrota.

De la Constitución Boliviana, otro de sus empeños, se ha dicho que "se trata sin duda de una creación admirable en sí misma como obra de arte político. Admirable aunque utópica a la manera de la utopía de Tomás Moro. Dentro de nuestro análisis sólo nos toca concluir que es un documento de puro corte aristocrático. Si la constitución boliviana es el reflejo más nítido del pensamiento político del héroe, Bolívar no fue demócrata. Pero hay razones para creer que ella no representa sino una de las grandes etapas de su incertidumbre".

Al detenernos en estos comentarios brevísimos, sólo queremos dar algunos ejemplos de su grandiosidad de estadista. Porque seguir la hondura de su pensamiento es difícil por la abundancia de frases, cartas, discursos, proclamas que dejó a la posteridad. Que van conformando la totalidad de su ideología. Que señalan la vastedad de su inquietud mental, que tenía una agilidad y perspicacia que destaca la nueva

faceta de su noble espíritu. Podríamos repetir los ejemplos quizás menos visibles, pero igualmente capaces de aclarar la actitud espiritual de Bolívar. Su vigilancia ideológica no descansa. En medio del vivac crea sus sistemas políticos. En el ajetreo bélico va dando las normas de estado. Basta sólo recordar que cuando dirigía la campaña del Sur, a la vez ordenaba exacta y precisamente que se estudiase la unión del Atrato y del San Juan, buscando una comunicación de los dos mares. En ese detalle advertimos cómo era la profundidad de su sagacidad de estadista.

Ya vimos la preocupación por el análisis de las circunstancias particulares de cada país americano. No podemos menos que insistir en su desvelo por una síntesis étnica: de la india, la negra y la blanca. Pero no se detenía allí su cogitación. Iba ampliándose en espirales hacia lo ecuménico, lo universal. Mientras anunciaba la unidad de las razas, predicaba la del Continente. Su congreso anfictiónico de Panamá revela una política internacional, que aún se cumple. Frente a la Santa Alianza, que se fortaleció en Europa para la reconquista de las antiguas colonias, Bolívar concibió una alianza internacional, que implicara una solidaridad militar, con una marina, un ejército y un tribunal continentales. Abogaba igualmente por el arbitraje, que ha sido una de las eficaces tesis americanas en el derecho público. En plena paz, sin ningún conflicto para dirimir, Bolívar citaba a una conferencia. La práctica siempre se había orientado hacia la reunión de estos cónclaves como consecuencia de una guerra. Bolívar enuncia que pueden servir para prevenirlas, para evitarlas. El general Francisco de Paula Santander—el héroe civil y militar colombiano, cuya labor fue tan esencial para el logro de todos los objetivos del Libertador—, en carta celebrísima que citan todos los tratadistas de derecho internacional americano, amplió, confirmó y alentó estas ideas. Cuando se escriba la odisea de la política interamericana y se busque el origen de muchas de las iniciativas del Panamericanismo, tendrá que volverse hacia Panamá y hacia el año de 1826.

Para el logro total de su especulación, según lo expuesto por bolivarianos expertos y eruditos, él pensó en organizar una Confederación en América, dentro de la cual cabía la Gran Colombia, pues así se lograba más fácilmente la unidad americana.

En todo caso, lo único que nosotros hemos logrado establecer, después de estudiar las conclusiones a que llegó el Congreso de Panamá, es que la raíz de un derecho internacional americano tiene allí un antecedente inapreciable. Porque, a pesar de las negaciones de los que aceptan y proclaman sólo un derecho clásico o europeo, América ha influido con sus instituciones en la conformación de un nuevo planteamiento internacional. El Libertador no puede faltar aquí como nombre que guía e ilumina.

¿Cómo lograba Simón Bolívar influir sobre los países y sus contemporáneos? Por medio de la palabra escrita y oral. Y por la irra-

diación de su espíritu magnífico que continuamente, se orlaba de prestigio en las batallas. Que lo iban revistiendo de leyenda y poderío. El pueblo, entonces, lo miraba como su más alto símbolo, como su más fiel intérprete.

Basta saber que en medio de la refriega seguía fiel a sus autores predilectos. Y se informaba del proceso social, del político, del económico, del Universo y del Continente. Eso sorprende más, pues ello tenía su limitación de acuerdo con la época. Sólo el golpe de la genialidad explica esa capacidad de entender, aprisionar y asimilar todo un movimiento continental o extra-continental. Además, todo lo vertía a través de su palabra. La influencia de ésta, en el Libertador, es tan amplia como la de su espada. Su estilo en los mensajes, en las proclamas, en las cartas, lo recorre un viento romántico, el mismo de su siglo. Hay una fuerza lírica, que en ocasiones irrumpe con copiosa presencia, pero que siempre está latente. Dándole a sus palabras un noble acento que comunica calor de intimidad, poder de convicción, auténtica facultad de impresionar, pues a pesar de que los temas sean secos y exigentes, el Libertador los reviste de un tenue estremecimiento. Así el Libertador, con su palabra, alcanzó tanto poder como con sus voces de mando en la batalla. La emancipación es, pues, en gran parte, producto de los vocablos disparados al aire, henchidos de una fé y de un destino. La fé del pueblo, el destino de la libertad.

No podríamos completar esta fragmentaria imagen del Libertador sin hacer una evocación del amor. Sin detenernos en nombres amables que nos recuerdan cómo llenaron sus horas de encanto y de magia. Que hicieron las dulzuras de su vida de combatiente.

Es bien extraña la coincidencia de que en Simón Bolívar el comienzo es siempre una derrota. Bien en las luchas bélicas o en las de amor. El dolor de la muerte se hincó en la iniciación amorosa. De allí que él mismo declarara que "el amor es un delicioso tormento". Porque su ánima había sido desgarrada en la primera gran forma de la unidad de su hogar.

Luego el ajetreo de la juventud y de la guerra le dieron mil brazos complacientes. Lo llevaron de una "boca sitibunda" a otra henchida de pasión y de hondura sentimental. En los casi precisos instantes de la agonía, sus palabras se dirigían a Fanny, su prima, que en Francia le había sido complaciente y dulce en la entrega. En Milán existe la leyenda de que, en su viaje con Simón Rodríguez, detuvo su planta errabunda para arrimar a su corazón el apasionado juego de un nuevo apelativo querencioso.

Aquí, lo recuerdan todos los cronistas, "sus queridas le acompañaban hasta en los campamentos". Hay seres, como Anita Lenoit, que le fueron fieles hasta la muerte, con una rendición apasionada. Mas otras le entregaron sin parquedad los zumos y dones de su gracia. La historia ha recogido pocos apelativos, como los de Josefina Madrid, como Isabel, como Manuelita Madroño, como una Garaycoa, como Bernardina Ibáñez. No podemos menos que pensar en Manuelita Sáenz,

que ha pasado como la Libertadora por haber sido valiente y desprendida en la noche septembrina. Que jugó su vida y su hogar para seguir tras el penacho encendido del Libertador. Que fue una amante apasionada y exigente pero, a la vez, generosa y rendida en su devoción por el gran americano. Las mujeres en la vida del Libertador son un capítulo esencial porque habla de su fogosidad criolla, de su celo estremecido, de su vibrante y suave camino de goces.

Al llegar a este momento debemos recordar que el Libertador dijo que "No basta la independencia; necesitamos aún más: ser libres bajo los auspicios liberales emanados de la fuente más sagrada que es la voluntad del pueblo..." Y que sólo nos queda a nosotros jurar que seguiremos fieles a su sentencia: siendo fieles a las multitudes; insurgiendo contra toda tiranía; levantando nuestra voz, nuestra pluma y nuestro puño contra todo aquello que atente contra las formas de la autonomía del hombre. Y al jurar, pensar que aún en América no se ha cumplido el ciclo total de la revolución. Que aún hay mucho sistema económico que oprime. Que hay sitios donde la verdad no puede gritarse limpiamente. Que hay lugares donde el ser no puede ejercer el elemental derecho de tránsito, porque hay barreras que se le oponen duramente. Que el campesino no puede bajar al mercado —que como dice el mismo Arciniegas es para él su teatro, su periódico, su mundo— porque lo esperan voces y balas alevos que le detienen su alegría. Que no hemos logrado aún un éxito total contra el analfabetismo, que es una herencia española. Que todavía falta multiplicar el número de propietarios para que en la América resuene con mayor claridad la palabra libertad.

Estas voces sobre el Libertador son apenas un modestísimo bosquejo. Se han escrito sin ninguna pretensión en el análisis histórico, pues apenas somos unos devotos de Simón Bolívar. Así explicamos esta intromisión en el amplio mundo bolivariano, que se desborda por todos los cuatro puntos cardinales. Y en el afán de decir cómo Bolívar alcanzaba mayor dimensión heroica y humana cuando fue fiel a su pueblo, a las gentes humildes, a los indios y comuneros que en cada tarde de los siglos XVIII y XIX, se reunían en su rancho o en la plaza, como lo estamos haciendo nosotros hoy, para volver a henchir su corazón con la palabra libertad!